

CAPÍTULO IV.

De qué manera combaten los americanos el individualismo con instituciones libres.

El despotismo, que por su naturaleza es tímido, ve en el aislamiento de los hombres la garantía mas cierta de su propia duracion, y procura aislarlos por cuantos medios están á su alcance. No hai vicio del corazon humano que le agrade tanto como el egoismo : un déspota perdona fácilmente á los gobernados que no le amen, con tal que ellos no se amen entre sí ; no les exige su asistencia para conducir el Estado, y se contenta con que ellos no



aspiren á dirigirlo por sí mismos. Llama espíritus turbulentos é inquietos los que pretenden unir sus esfuerzos para crear la prosperidad comun, y cambiando el sentido natural de la palabra, llama buenos ciudadanos á los que se encierran estrechamente en sí mismos.

Así, los vicios que el despotismo hace nacer son precisamente los que la igualdad favorece. Estas dos cosas se completan y se ayudan de una manera funesta.

La igualdad coloca los hombres unos al lado de otros, sin lazo comun que los retenga. El despotismo levanta barreras entre ellos y los separa; aquella los dispone á no pensar en sus semejantes, y este hace de la indiferencia una especie de virtud pública.

El despotismo es peligroso en todos tiempos, pero es mucho mas temible en los siglos democráticos.

Es fácil observar que en estos mismos siglos, los hombres necesitan mas particularmente la libertad.

Luego que los ciudadanos se ven forzados á ocuparse de los negocios públicos, salen por precision del seno de sus intereses individuales, y se apartan de la consideracion de sí mismos.

Desde el momento en que se tratan en comun



los negocios públicos, cada hombre conoce que no es tan independiente de sus semejantes como ántes se lo figuraba, y que para obtener su apoyo es indispensable prestarles frecuentemente su asistencia.

Cuando el público gobierna no hai hombre que no reconozca el precio de la benevolencia general, y que no trate de cautivarla atrayendo la estimacion y el afecto de aquellos en cuyo seno debe vivir.

Muchas pasiones que entibian los corazones y los dividen se ven entónces obligadas á retirarse al fondo del alma y á ocultarse en ella. El orgullo se disimula, el desprecio no se atreve á aparecer y el egoismo se teme á sí propio.

Siendo electivas bajo un gobierno libre la mayor parte de las funciones públicas, los hombres á quienes la elevacion de su alma ó la inquietud de sus deseos pone en estrechez en la vida privada, sienten cada dia no poder pasarse sin la poblacion que los rodea. Entónces, la ambicion les hace pensar en sus semejantes, y aun frecuentemente hai una especie de interes en olvidarse de sí mismo. Creo que se me pueden oponer todas las intrigas que una eleccion hace nacer; los medios vergonzosos de que se sirven por lo regular los candidatos, y las calumnias que difunden sus enemigos

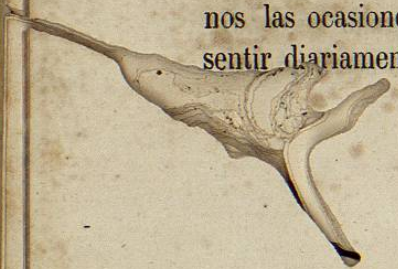


Estas son ciertamente ocasiones de venganza y de aborrecimiento, tanto mas frecuentes cuanto mas lo sean las elecciones; pero estos males, aunque grandes, son tambien pasajeros, miéntras que los bienes que nacen con ellos duran siempre.

El deseo de ser elegido puede conducir momentáneamente á ciertos hombres á hacerse la guerra; pero él mismo los conduce á todos con el tiempo á prestarse un mutuo apóyo; y si acontece que una eleccion divida accidentalmente dos amigos, el sistema electoral aproxima de un modo permanente una multitud de ciudadanos que siempre habrian permanecido estraños los unos á los otros. La libertad crea odios particulares; pero el despotismo hace nacer la indiferencia general.

Los americanos han combatido con la libertad el individualismo que la igualdad hacia nacer, y al fin lo han vencido.

Los legisladores americanos no han creido que para curar una enfermedad tan natural y tan funesta al cuerpo social en los tiempos democráticos, bastaba conceder á toda la nacion el que se representase por sí misma, y han pensado que á mas de esto convenia dar una vida política á cada porcion del territorio, á fin de multiplicar á los ciudadanos las ocasiones de obrar juntos, y de hacerlos sentir diariamente que dependen los unos de los



otros. Esto es conducirse con juicio y discrecion.

Los negocios generales de un país no ocupan sino á los principales ciudadanos. Estos no se reunen sino de tiempo en tiempo en los mismos lugares; y como frecuentemente sucede que se pierden en seguida de vista, no se establecen entre ellos lazos durables. Pero cuando se trata de arreglar los negocios particulares de un canton por los hombres que lo habitan, los mismos individuos están siempre en contacto y en cierto modo obligados á conocerse y á agradarse.

Difícilmente se saca un hombre de sí mismo para interesarlo en los destinos de todo el Estado, porque apenas concibe la influencia que este mismo destino puede ejercer en su suerte. Pero que se trate de hacer pasar un camino por sus dominios; al momento verá la relacion que hai entre este pequeño negocio público y sus mas grandes intereses privados, y descubrirá sin que se le muestre, el lazo estrecho que une el interes particular al general.

Así pues, encargando á los ciudadanos de la administracion de los pequeños negocios, mas bien que entregándoles el gobierno de los grandes, se les interesa en el bien público, y se les hace ver la necesidad que incesantemente tienen los unos de los otros para producirlo.



Se puede por una accion espléndida cautivar de repente el favor de un pueblo ; pero para ganar el amor y el respeto de todo él, es preciso una larga serie de pequeños servicios y de buenos oficios, un constante hábito de benevolencia y una reputacion bien establecida de desinterés.

Las libertades locales, que hacen que un gran número de ciudadanos aprecien el afecto de sus vecinos y de sus allegados, dirigen, pues, incesantemente á los hombres los unos hácia los otros y los obligan á ayudarse mutuamente á pesar de los instintos que los separan.

Los mas opulentos ciudadanos de los Estados-Unidos tienen buen cuidado de no aislarse del pueblo ; se acercan á él constantemente, lo escuchan con agrado y le hablan todos los dias. Conocen que los ricos de las democracias tienen siempre necesidad de los pobres, y que á estos se les gana mas bien en los tiempos democráticos con los buenos modales que con beneficios. La grandeza misma de los beneficios que hace sobresalir mas la diferencia de las condiciones, irrita secretamente á los que se aprovechan de ellos ; miéntras que la sencillez de las maneras tiene encantos casi irresistibles ; su familiaridad seduce, y ni aun su misma rusticidad desagrada siempre.

Esta verdad no penetra desde luego en el espí-



ritu de los ricos. Ordinariamente ellos la resisten miéntras dura la revolucion democrática, y ni aun la admiten tan pronto despues de terminada. Consienten gustosos en hacer el bien al pueblo ; pero quieren continuar teniéndolo cuidadosamente á distancia : creen que esto basta y se engañan, pues es seguro que se arruinarían sin conseguir entusiasmar el corazon del pueblo que los rodea, y que no les pide el sacrificio de sus bienes sino el de su orgullo.

Diráse acaso que en los Estados-Unidos no hai imaginacion que no se agote inventando medios de aumentar la riqueza y de satisfacer las necesidades del público : los habitantes mas ilustrados de cada canton se sirven incesantemente de sus luces para descubrir nuevos secretos propios para acrecentar la prosperidad comun, y cuando encuentran algunos, se apresuran á ponerlos á disposicion de la multitud.

Cuando se examinan de cerca los vicios y debilidades que se descubren frecuentemente en América en los que gobiernan, se asombran algunos de la prosperidad creciente del pueblo, y en esto se equivocan. No es el magistrado elegido el que hace prosperar la democracia americana, sino que ella prospera porque el magistrado es electivo.

Seria injusto creer que el patriotismo de los ame-



ricanos y el zelo que muestra cada uno de ellos por el bienestar de sus conciudadanos, no tienen nada de real. Aunque el interes privado dirija en los Estados-Unidos, como en todos los paises, la mayor parte de las acciones humanas, no las arregla todas.

He visto frecuentemente americanos que hacian grandes y verdaderos sacrificios por la causa pública, y he notado cien veces que en caso de necesidad nunca dejaban de prestarse un fiel apoyo los unos á los otros.

Las instituciones libres que poseen los habitantes de los Estados-Unidos, y los derechos políticos de que hacen tanto uso, recuerdan constantemente y de mil maneras á todo ciudadano que él vive en sociedad. A cada instante dirijen su espíritu hácia la idea de que el deber y el interes de los hombres es hacerse útiles á sus semejantes; y como no encuentra ningun motivo particular para aborrecerlos, pues que él no es jamas ni su señor ni su esclavo, su corazon se inclina fácilmente del lado de la benevolencia. Se ocupa desde luego del interes general por necesidad y despues por conveniencia; lo que era cálculo se hace instinto, y á fuerza de trabajar por el bien de sus conciudadanos, adquiere al fin el gusto y el hábito de servirlos.

Muchas gentes consideran en Francia la igualdad



de las condiciones como un primer mal; como un segundo la libertad política. Cuando se ven obligadas á sufrir la una, se esfuerzan á lo ménos en escapar de la otra. Por mi parte, pienso que para combatir los males que la igualdad puede producir, no hai sino un remedio eficaz, que es la libertad política.

